

La voz heroica de Carlos Pellicer: aspectos de la identidad americana

Según lo demuestra desde sus *poemas de juventud*¹ (1913-1921), Pellicer manifiesta la necesidad de un destinatario heroico de su poesía. El poeta se muestra atraído por la antigüedad greco-latina y prehispánica, por las figuras de los gladiadores y su juego con la muerte. Poemas como *Tríptico azteca* (1914) y *Tríptico* (1916), este último dedicado “al ilustre General tabasqueño don Andrés C. Sosa, que me ha querido como a un hijo y a quien yo venero como a un padre”, transmiten la fascinación filial ante el *nombre paterno*, por lo cual la evocación del heroísmo adquiere una mayor independencia de la herencia libresca y de la espectacularidad retórica de los himnos.

La *conversión de la voz* se debe por un lado a la mayor definición de una identidad en proceso de forjarse a sí misma al haber ensayado modelos poéticos y desechado expresiones convencionales heredadas de fuentes literarias de ecos poderosos. Por otra parte, porque el discurso poético –antes que los demás discursos literarios– se postula como voz en diálogo con un *destinatario* del que absorbe constantemente su motivación.

El discurso poético pelliceriano –lo mismo que el de otros de sus compañeros de generación– carece de un destinatario nombrado o identificado con precisión, al mismo tiempo que lo que obsede al poeta es justamente el nombre, más aún porque se trata de un nombre silenciado:

Tu nombre que yo dijera
le pedí una vez al mar.²

La poesía se genera en torno al nombre que no se nombra, como su significado público más íntimo; su función es circunscribir la voz secreta del nombre, por lo que todo intento de fijar la identidad recae en el anonimato de un término difuso:

El mar lleno de tu sabor,
oh persona internacional.³

En vez de lanzar un vocativo directo, la poesía se construye a partir de la resonancia y del eco: nombra los atributos del

nombre, lo deconstruye y lo transfiere en elogios a la intimidad agrupada bajo este nombrar vacío:

Tu nombre adorado y ceñido,
tú mirada horizontal, tus hombros lisos.⁴

El anonimato del destinatario diluye el vocativo secreto del que participa el poeta; comparte el nombre sin nombre⁵, el apelativo genérico ausente que connotan el afecto y el eros; como observa Baudrillard, la poesía nace de la *prohibición de nombrar*⁶, que una vez asumida íntimamente se torna *incapacidad* de nombrar. La plegaria –o en su defecto, la elegía, la oda, el poema– es el transporte del sentimiento descentrado del nombre: su dilatación máxima, su expresión fluida empeñada en afianzar el vínculo:

Pero sí noté que en mi sangre
algo se despedía,
y dije tu nombre
como quien pide un poco de fruta
para que sólo yo me diera cuenta de mi vida.⁷

Resulta de esta ritualidad poética la transferencia de la palabra en *valor público del silencio*, del misterio, de un re-conocimiento renovado y –por lo mismo indisoluble del desconocimiento central itinerante– un ánimo jubiloso, celebratorio cuando la poesía es partícipe del júbilo *compartido*, reverberado por las voces laicas a lo largo de la historia. Transmite la poesía en estas ocasiones la intimidad imaginaria del nombre venerado, revivida por el deseo replegado hacia el pasado. La poesía encuentra en este nombrar óptimo y excelso del *héroe* la satisfacción del despliegue gozoso que explica el nombre y el apellido de Bolívar:

un bien entonado nombre griego
y el apellido, en vieja lengua euskara,
significa lugar de molinos.⁸

⁴ *Ibid.*, p. 200.

⁵ *Ibid.*, p. 284. cf.: “Recinto” (sin fecha).

⁶ Baudrillard, Jean. *Der symbolische Tausch und der Tod*, Matis & Seitz, Munich, 1984, Sobre la prohibición de nombrar el nombre divino, cap. VI.

⁷ Pellicer, Carlos. *Poesía. Obras, Ibid.*, “La balada de los tres suspiros” (1956), p. 647.

⁸ *Ibid.*, “Elegía ditirámica” (1924), p. 147.

¹ Pellicer, Carlos. *Obras. Poesía*. Ed. de Luis Mario Schneider, FCE, México 1981.

² *Ibid.*, “Elegía” (1927), p. 190.

³ *Ibid.*, “Elegía” (1927), p. 199.

Confiesa el poeta: "Un día mi padre me regaló la 'Historia legendaria del Libertador'. Hace once años. A los pocos días escribía yo mi primera Oda a Bolívar. Después viajé por Sud-América....Hice viajes especiales a los campos de batalla bolivarianos. En Caracas doblé las corvas ante la tumba del Héroe. En Lima no hice otra cosa más que estar con él. En Bogotá sorprendí a mis amigos con mis conocimientos sobre Bolívar. Lo mejor de mi biblioteca es mi colección bolivariana....He dado un curso sobre Bolívar. No ha sido una admiración: ha sido una pasión. Mis amigos se quejan ya de mi bolivarismo. Algunos han protestado por escrito. Más aún: se afirma que soy víctima de 'mi' Bolívar."⁹

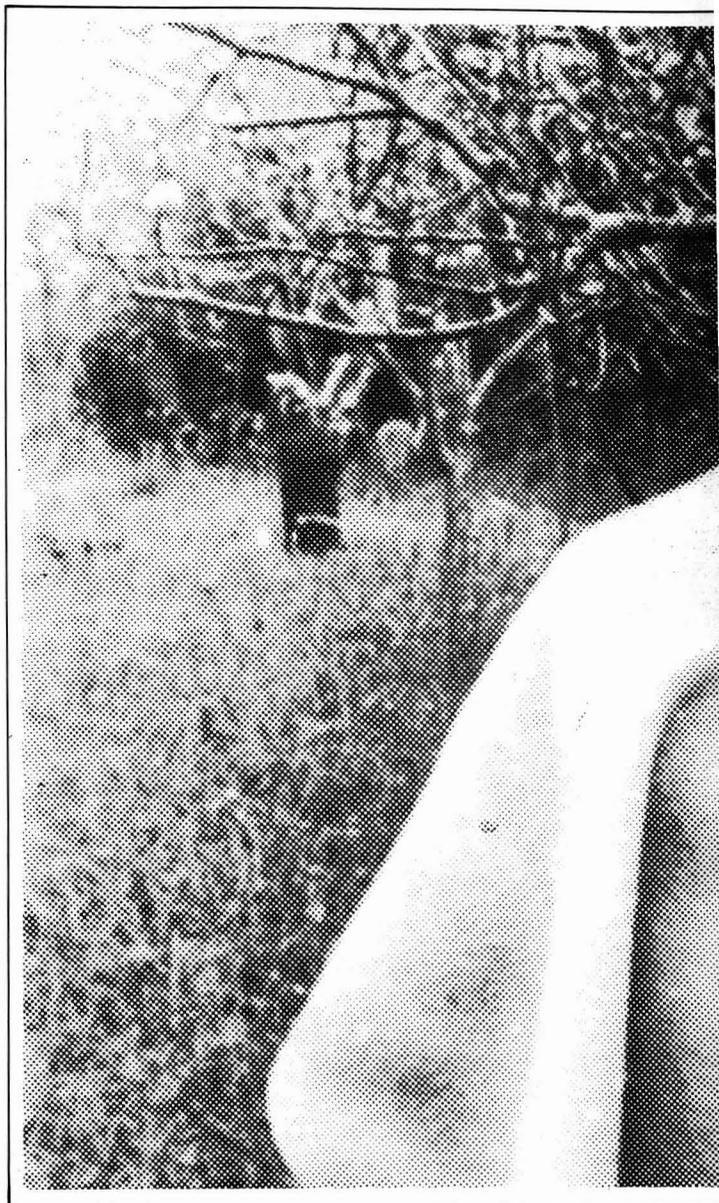
La veneración se nutre y motiva la *compulsión de nombrar*, que es el acto compartido más directo del proceso de creación y de comprensión de una identidad; es a la vez el momento final culminante (y por lo mismo el equivalente del silencio) de un largo proceso de observación gestadora. A través de este acto se convoca la estabilización de la *identidad continental americana*, la determinación de una existencia que exige ser nombrada y, más aún *autonombrada*. Significa esto la respuesta del acto previo de *haber sido nombrado*, de haber sido objeto de la voz pasiva que confiere la condición de una entidad sin voz.

El ajuste entre el pasado histórico propiciador de la aceptación pública de ser nombrado y la inserción en un presente cada vez más dispuesto a autodefinirse es, en su esencia, el de la formación de la identidad americana y de su expresión propia; o bien, de la formación del discurso de la identidad y la identidad discursiva americanos. Es decir, la evolución de la *voluntad de definir* esta identidad hacia *la formación de una voz* que la *refleja y reflexiona* sobre ella.

Este intenso acto de nombrar que es la poesía de Pellicer extiende su función a todos los nombres que definen el continente americano: nombra todas las partes integrantes de la identidad porque estas determinan a la vez su propia intimidad con el continente. Así, la intensa intimidad poética sin nombres se expande convirtiéndose en la intimidad extensa y compartida de los nombres de la veneración cívica, ética e histórica.

Más que acto que ciñe la ritualidad celebratoria religiosa, la poesía que nace a partir de los héroes de América y en torno a ellos determina una manera de concientizar la existencia americana como el cumplimiento de una larga y mítica promesa de libertad del cuerpo, del ánimo y de la razón (Vico). Se cifra en ella el encuentro con el destinatario ideal, de cuyo nombre se desprende el erotismo propio de la heroicidad: festivo, compartido, público y perdurable, partícipe de la formación de las identidades particulares. Cargados del peso específico de sus atribuciones míticas y místicas, son nombres en que se percibe la incidencia magnificadora de lo trascendente en el ser: la singularidad de los héroes es la magnificación de la singularidad del hombre americano, de lo que Zea llama su estado excepcional de hombre proyectado en la universalidad antes que en una dimensión reducida.

⁹ Pellicer, Carlos. *Cartas desde Italia*, Ed. Clara Bargellini, FCE, México 1985, pp. 93-94.

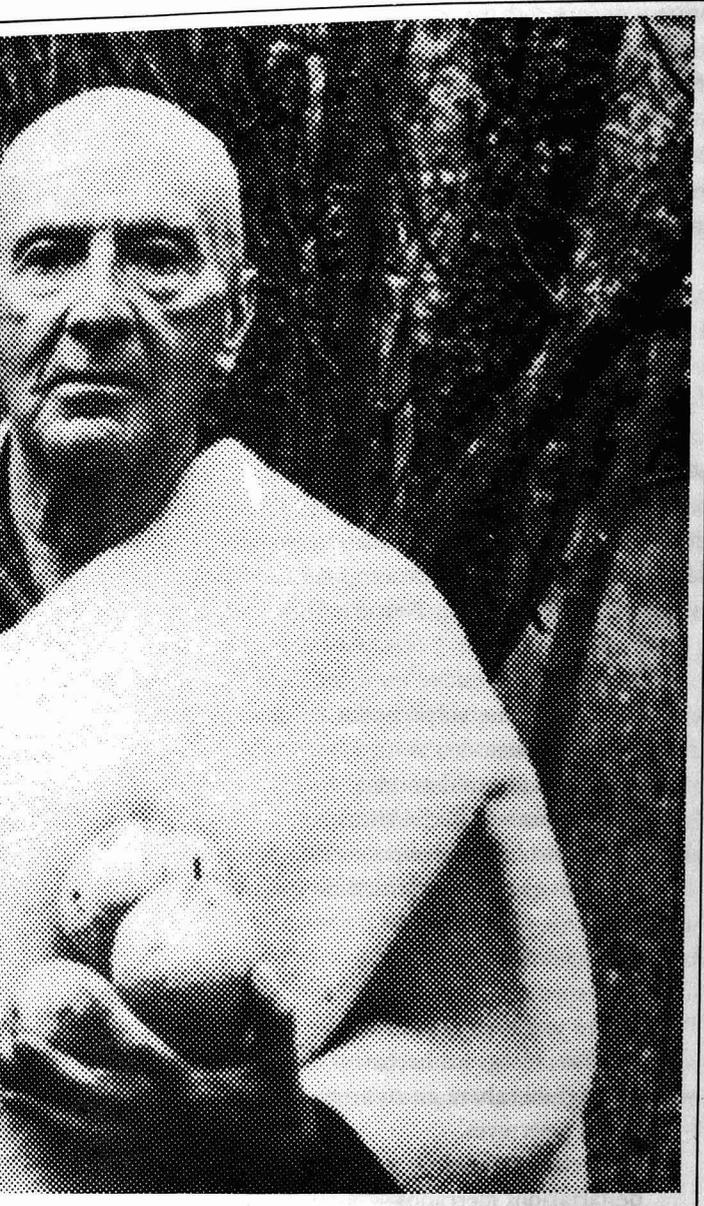


La tonalidad poética que reviste estos poemas es la solemnidad elegiaca, la épica pausada y clara de la epopeya o el movimiento más ágilmente ritmado del romance. El tiempo heroico por excelencia es el presente de la acción y del rito:

Por las playas de América
diez atlantes avanzan
sosteniendo en sus hombros un féretro.
De un lado se levantan los Andes;
del otro lado el mar moja el agua del cielo.¹⁰

Esta elección de tiempo concentra en el poder de la evocación la vigencia de los honores imperecederos que remiten a la tragedia de Antígona, como indica el epígrafe de la "Elegía ditirámica. Simón Bolívar"; la celebración es la de un rito funerario. Una mayor familiaridad y afectividad, una intimidad imaginaria transmite la evocación de la figura del Libertador que centra la tonalidad poética en el registro más tenue del pasado recreado:

¹⁰ Pellicer, Carlos. *Poesía. Obras, Ibid.*, "Elegía ditirámica" (1924), p. 147.



Su corazón era sensible
cual una agua de oros en las manos del ruego.¹¹

La fuerza del presente vigente adquiere matices humanos al transparentarse en él la evocación intimista del pasado; la poesía devuelve a la vida afectiva del lector lo que es a la vez histórico y social: comprender de dónde se deriva la identidad americana significa vigorizar, volver palpable la presencia de los forjadores al prolongar la contemporaneidad de la historia en la voz poética. El nombrar sagrado de la poesía se torna, a la vez, manifestación social y política de una identidad compartida.

La sacralidad laica de esta poesía celebratoria vuelve más fácilmente accesibles a los personajes históricos: los desprenden de la *figuración* del discurso histórico y los sitúa en el territorio de lo tangible, por ser, paradójicamente, uno de los territorios del imaginario que por la pluralidad de sus dimensiones y por su fluidez es un imaginario compartido. Nombrar al héroe se vuelve, en este sentido, un acto poético ciudadano

¹¹ *Ibid.*, p. 149.

y a la vez continental: un acto épico que funda la virtud y la conciencia social, es decir, la identidad discursiva como el fluir natural entre quien nombra y quien es nombrado.

El propósito mayor de la poesía heroica pelliceriana es transgredir la convicción particularizadora de la poesía, al crear no sólo retratos nacionales y americanos, sino cercanías afectivas con lo trascendente a partir de los momentos evocadores de las epopeyas trágicas. La unidad de una epopeya histórica y poética en Pellicer no se da como en el *Canto general* (1950) de Neruda; o bien, en *La epopeya nacional Porfirio Díaz* (1909-1910) de José Juan Tablada, un poema que debió haber conocido; no es el propósito textual preestablecido lo que guía la poesía, sino que la domina un *objetivo orquestal total* en que la voz heroica explícita, similar a la de otras epopeyas, inscribe los tonos graves; el cantar de la América heroica es sólo un aspecto de la concepción poética de Pellicer, el segundo aspecto de importancia expresiva de su visión fundamentalmente cristiana. El americanismo no se limita sólo a la heroicidad histórica: se inscribe en toda la visión poética que adquiere de esta manera los matices plurales definidores de la nueva identidad discursiva.

Anterior a la de Neruda, la intención poética de Pellicer de crear un cantar de América inicia con algunos poemas de *Colores en el mar* (1915-1920) y, más formal y vasconcelianamente, con *Piedra de sacrificios. Poema iberoamericano* (1924); de él no forman parte sólo los poemas de origen épico, sino también las dos intenciones de "Esquemas para una oda tropical" (1937 y -respectivamente- 1973) y los demás poemas que forman parte de la oda tropical dispersa en la obra; así, los poemas heroicos son una recurrencia a lo largo de su creación poética. Concentran el gozo poético de apoderarse del *nombre propio ejemplar*, de poderlo celebrar pública, social e históricamente; o el gozo de explicarse la identidad americana testimoniando el suceso del gran entrecruzamiento de tiempos, al desprender a los héroes prehispánicos del tiempo vegetal y señalar así el momento de ruptura del tiempo mítico que se corroe cuando incide en él la historia y su ritmo brutal.

El *tiempo vegetal* es el tiempo continental que precede la tragedia y al heroísmo, la estrofa de silencio anterior a la epopeya, la elegía, el romance, a los intervalos elementales dentro del cantar; es el tiempo de los dioses, tiempo de la poesía por excelencia: en él, los hombres y los elementos se hermanan en el silencio:

Es este bosque en que los árboles
saben hablar
de aquel silencio de obsidiana
que en fuego tuvo pedestal:
joven Cuauhtémoc que algún día
pudo sus rocas alegrar
con los dinámicos enlaces
de este gran bosque patriarcal.¹²

Al hablar de la evocación heroica tocamos un aspecto esencial de la poética de Pellicer: en sus primeros poemas la figura del

¹² *Ibid.*, "Poema en tiempo vegetal" (sin fecha), p. 341.

héroe –en este caso, Cuauhtémoc– es asimilada a una figuración clásica de corte grecolatino, en un mestizaje entre lo clásico y lo mítico griego y un clasicismo histórico prehispánico.¹³ Barroco es todo lo que no ha integrado aún los signos del desajuste, de manera que la figura del primer Cuauhtémoc poético, todavía torpe y barroca¹⁴, sugiere el mestizaje poético de las concepciones acerca del heroísmo y del héroe.

Más que el heroísmo espectacular de los grandes sucesos, Pellicer despierta al hombre dentro del héroe, un *hombre cristiano* compenetrado de la premonición del sacrificio y del aura que irradia su cumplimiento futuro. Son estos los instantes sagrados desconocidos en que el héroe es hombre entre sus congéneres humanos: Cuauhtémoc, Morelos, Bolívar o Artigas son evocados precisamente para ser devueltos a un anonimato juvenil cargado de premoniciones significativas. No el tiempo en sí fascina poéticamente, sino las posibilidades comprendidas en el tiempo, los despliegues reales de lo imaginario:

Un muchacho, de pie, que ha trabajado
de sol a sol, reclinó su costado
contra un árbol tan grande que parece
que el cielo abarca...¹⁵

El *costado reclinándose* es una actitud de reposo pictórico, pero al embonar en el gran significado histórico que precede y circunda la epopeya de los héroes americanos adquiere otro significado nuevo: el de un *intervalo*, hiato de una rarefacción connotativa en que la familiaridad de los tiempos, espacios y actitudes se muestran como beneficios de la *temporalidad continua*. Así, el intervalo arraiga en un sentido diferente del de *tiempos perdidos* que le atribuye Dorflés.

Personaje recreado a partir del aura poética, el *héroe restituido* es el hombre a la hora sacramental y canónica del cristianismo vivo, un cristianismo primigenio directo que comparte con el poeta. La hora heroica no es más que

la hora de las palabras
terriblemente cristianas.
Las que hieren, las que arden, las que aplastan¹⁶

hora en que se vive

con pocas palabras
pero en cada palabra tener una tempestad.¹⁷

La evocación heroica inscribe el significado histórico en una atmósfera de religiosidad de donde la poesía deriva del reconocimiento emotivo de la presencia cívica. *Sacralidad vocativa*

íntima y anónima –hasta clandestina o nocturna–¹⁸ la poesía críptica es un acto de nombrar insuficiente para la fuerza expresiva de Pellicer que invade los momentos de confluencia entre la intimidad cristiana del héroe y la del poeta. Esta hermandad luminosa y franciscana libera el heroísmo del discurso circunstancial para devolverlo al tiempo generador de todo mito, el tiempo expectante del *intervalo* y el *tiempo vegetal*:

Reina la tarde tropical. La enorme
tela de esos crepúsculos que el viento
borra y pinta y enrolla
para desenrollarla en otro hemisferio.¹⁹

Los bosques de América proveen el alimento poético del que el poeta recoge los instantes cristianos del héroe, del hombre elemental idéntico y consanguíneo de su paisaje. En este sentido, el principio de la evocación poética del héroe americano es similar en Pellicer y en Neruda. Dice Pellicer:

Durante el día estuve en su casa y en su tumba.
La noche se me volvió codos en una ventana
desde la colina.
Y desde la altura desnuda
y con la historia hecha trizas,
miré destruirse el tiempo y elaborarse el espacio
en pleno ejercicio espiritual de Bolívar.²⁰

A su vez recuerda Neruda:

Esperé una hora quieta, aceché una hora
inquieta, recogí los herbarios del río,
sumergí mi cabeza en tu arena y en la plata
de los pejerreyes,
en la clara amistad de tus hijos, en tus
destartalados mercados
me acendré hasta sentirme deudor de tu olor
y tu amor.²¹

La *hora poética* –el intervalo liberado de sucesos– y *cristiana* –el incidir gradual o espontáneo de la conciencia ascensional– propiciadora de este ir y venir entre presente y pasado, cotidianidad y tiempo sagrado, genera la comunión en la dilatación e intensificación aparente del tiempo continental que da fe del tiempo y del suceso histórico. Un tiempo cristiano del que emergen los actos sencillos, eternos y por ello repetibles: mirados en perspectiva, Morelos o Artigas labrando el campo no son héroes disminuidos: el ensueño poético de su tragedia recoge la resonancia vigente de la voz de Bolívar “de todas nuestras voces/...la más justa, la más hermosa y más clara”.²²

¹³ *Ibid.*, “Tríptico azteca” (1914), p. 772.

¹⁴ Szesnec, Jean. *Los dioses de la Antigüedad en la Edad Media y el Renacimiento*, Ed. Taurus, Madrid, 1985, p. 209. La ausencia de figuras directas de las épocas clásicas producen imaginaciones plásticas distorsionadas en diferentes aspectos.

¹⁵ Pellicer, Carlos. *Ibid.*, “Tempestad y calma en honor de Morelos”, p. 383.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Cf. “¿Por qué tener escondidas las palabras/ como si viviéramos solamente de noche/ y pasáramos el día en la cama/ acariciando un hermoso cuerpo/ y devorando ésta y aquella otra manzana?” “Cien líneas para ti”, 1960, p. 509.

¹⁹ *Ibid.*, “Elegía ditirámica” (1924), p. 147.

²⁰ *Ibid.*, “Cien líneas para ti”.

²¹ Neruda, Pablo. *Canto general*, Ed. Bruguera. Barcelona, 1980, “Artigas” p. 112.

²² Pellicer, Carlos. *Ibid.*, “Cien líneas para ti”, p. 505.

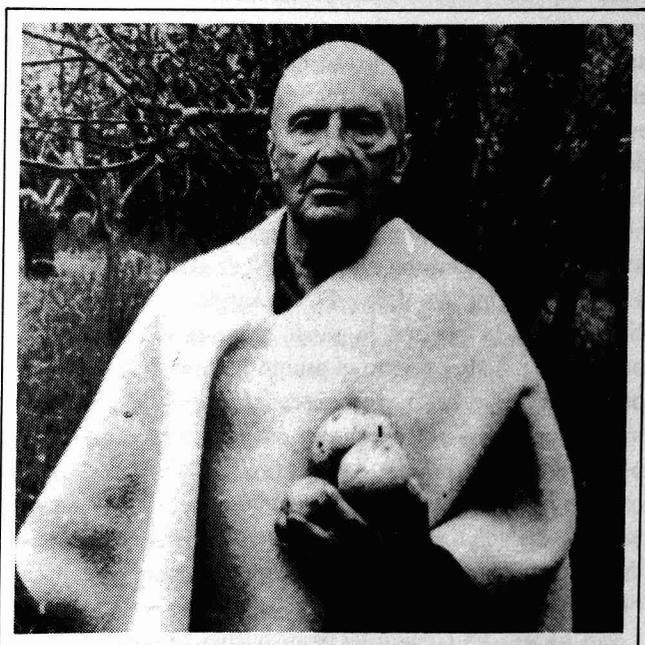
En todos ellos Pellicer restituye a los hombres elementales, *cristianos originarios* cuyo sacrificio cierra el destino de la singularidad. Su destino que no excluye la pobreza y el repudio es la "patria.../ soledad poblada de imágenes"²³; imágenes que por otra parte remiten al vislumbre de una era poética de corte lezamiano, otro resumen giratorio que concentra de manera específica el imaginario de la humanidad en circunstancias excepcionales.²⁴

El heroísmo continental americano cuyo sentido pelliceriano es el de una *gran comunión fraternal* recobra la dimensión humana que precede y cierra el destino público del hombre histórico como su dimensión última, simbólica y elemental. Cuanto más comunes, más cercanos al hombre contemporáneo, más cercana y directa su sobrevivencia de vuelta de la magnitud y del patetismo de su destino. En la voz poética se transparenta aquella voz cristiana redentora de la cual sólo necesitan los héroes trágicos y vencidos porque esta *absolución* que es el significado profundo de la poesía pelliceriana se genera en torno al erotismo funerario que emana del sacrificio y de la derrota.

Más que movimiento o movilidad espectacular, la poesía destinada a los héroes de América se concentra en una manera de fijar actitudes, silencios, posturas humanas ya sigilosas y hieráticas porque intuyen más allá de la existencia particular el significado mayor de una identidad nueva. El héroe no es más que el hombre excepcional invadido por la urgencia de resolver una circunstancia y por un *misticismo laico social* que trasciende el destino y la época; un cristiano que se proyecta no hacia el pasado y lo intemporal, sino hacia el tiempo del hombre común y el futuro. Su evocación genera la epopeya, el himno, la oda o la leyenda que perdura en el asunto anecdótico del romance, formas expresivas que retoman los registros graves.

²³ *Ibid.*, "Fecunda elegía" (1947), p. 369.

²⁴ Lezama Lima, José. *Las eras imaginarias*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1982, p. 44.



Si acaso Pellicer confiesa que el contacto permanente con el mundo no logra transmitir más que una "prosa como la soledad del que está solo/ porque ha sido un vaso comunicante/ sin otra consecuencia que desbordar a todas horas su alegría", este ánimo no contradice los registros graves de la epopeya reminiscente, sino le confiere un sentido profundamente cristiano del que la gravedad es la forma expresiva solemnemente celebratoria de una alegría suntuosa. Al nacimiento de los héroes poéticos, misterio del que participa la sobrecogedora naturaleza americana, conduce la vigilancia del que siente estallar una identidad nueva y rebelde en el ámbito del misterio cósmico, cargado de signos, similar al que precede un advenimiento. El cristianismo cívico y ético de Pellicer toca en estos momentos significaciones de las que se ha servido a su vez el misticismo, este heroísmo humano que acerca los héroes y los santos:

Un aire de esplendor y de corona,
alrededor del campo.
¿Qué mira que no ve? La luz enciende
dos luces en sus pies, y lo suspende.
Con los ojos clavados, sangró su pensamiento.²⁵

La sangre concentra en su aspecto más pasional, más entrañable, más sagradamente carnal el vínculo de comunión entre la humanidad y sus héroes —trátense de santos fraternales, hombres forjadores de patrias e historia o de los hombres comunes; comunión que celebra el sacrificio como la expresión máxima del júbilo cristiano, del *eros* que encuentra la salvación en el *ágape*. Las sangres sagrada y heroica asumen un mismo origen al celebrar el gozo físico de las "heridas espirituales de amor, las cuales son al alma sabrosísimas y deseables, por lo cual querría ella estar muriendo mil muertes a estas lanzadas, porque la hacen salir de sí...", según San Juan de la Cruz²⁶; y es el alimento de la comunión según Santa Catalina de Siena, quien escribe sus cartas²⁷ en *la sagrada sangre* para extender la comunión a quienes escribe. Como en el rito cristiano, la comunión con los héroes es un lazo sacramental de sangre.

En la poesía de Carlos Pellicer se distinguen expresiones distintas de la vitalidad y fuerza expansiva cristiana: es la suya la poesía²⁸ de "un poeta moderno y profano con sensibilidad religiosa" que encuentra un sentido sacrificial religioso en la epopeya heroica de Bolívar, Artigas, Morelos o en Cuauhtémoc, una solemnidad fresca y franciscana. El americanismo pelliceriano es a la vez una actitud poética, política y religiosa: si su ámbito es el trópico, sus figuras son los héroes cuyo nombre confiere a la poesía el sentido de la sacralidad compartida. ◇

²⁵ Pellicer, Carlos. *Ibid.*, "Tempestad y calma en honor de Morelos" (1946), p. 283.

²⁶ De la Cruz, San Juan. *Cántico espiritual*, Ed. Porrúa. nr. 228, México 1989, p. 266.

²⁷ De Siena. Santa Catalina. *Gottes Vorsehung* (Edición de los Louise Gnadinger), Ed. Piper, Munich, 1989.

²⁸ Blanco, José Joaquín. *Crónica de la poesía mexicana*. Co. Textos, Ed. por el Depto. de Bellas Artes, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara, 1977, p. 155.